

La idiotez consumada

■ ■ Héctor Medina*

Desde hace rato Virginia se encontraba leyendo en la cama. Alfonso entró al cuarto luego de haber visto las noticias de la noche. Fue al baño, se cepilló, se limpió los dientes con seda dental y por último el enjuague bucal. Cogió el libro de la mesa de noche, encendió la lámpara y se acostó junto a Virginia, que seguía ensimismada en su libro.

Afuera la noche era tibia, la casa muy bien amoblada y el cuarto respiraba un aire de tranquilidad para descansar. Virginia dejó el libro encima de su mesa de noche, se quedó mirando por un momento al techo en machimbre, luego a su esposo Alfonso que también leía a todo gusto; observó su libro, cuyo título se mostró como *Satisfacción en su empresa*. Volvió a mirar al techo que por un momento se le tornó oscuro por la poca luz del cuarto. Dio un respiro cómodo.

—¿Qué tal el día en la empresa? —Virginia miró el libro que ella leía: *La belleza como símbolo de éxito*.

Alfonso no contestó. Siguió metido en su libro. Y, como si su cerebro lo hubiera procesado tarde, puso el dedo en la página actual y también miró al machimbre.

—Excelente. Este mes ha sido de los mejores, las ventas aúllan, el dinero entra por montones... es que... es que... no podría describir la satisfacción que siento, los empleados rinden, los activos funcionan a toda máquina.

* Nació en Ibagué, Colombia el 13 de julio de 1984. Tuvo un pequeño paso por la Universidad del Tolima, cursando algunos semestres de Economía, sin embargo, su gusto por la literatura lo llevó a abandonar dicha carrera. Ha escrito varios cuentos, algunos de los cuales se han publicado en blogs y revistas literarias virtuales: "A través del espejo" (Blog *La Pipa de Magritte*, abril de 2007), "La idiotez consumada" (*Noche de letras*, septiembre de 2012). Fue elegido ganador del Concurso de Cuento organizado por FUNDALECTURA, en asocio con la Alcaldía de Engativá, en la categoría de Grandes Contadores de Historias con el cuento *La muerte absurda* (2011). Ha publicado la novela *Impiedad* (Amazon, 2018; ITA, 2019) y las antologías de cuento *A través del espejo* (Amazon, 2019) y *Antología de cuento* (DUNKEN, próxima a publicarse).

Paró de súbito y se quedó pensando, mirando al techo; Virginia del mismo modo. Luego continuó.

—¿Y a ti? ¿Qué tal tu día?

—Tampoco me puedo quejar. Estuve en el centro comercial con Gloria, Sara y Carmen. Estuvimos midiéndonos ropa, oliendo perfumes, viendo la gente degustar comida a diestra y siniestra. A eso de las dos de la tarde, después de habernos tomado un té de mediodía, pasamos por un almacén lleno de accesorios para el hogar, ese que queda por la Boyacá con Ochenta, aquí en Bogotá... —Virginia sonrió, pero continuaba mirando al techo—... y Gloria, sin culpa, tropezó con una jarra en porcelana y...

A Virginia le había podido la risa. A pesar de eso, Alfonso seguía ensimismado en el techo, como si de repente el machimbre se hubiera vuelto el cielo. Virginia paró de reírse y continuó.

—Se rompió la jarra. El administrador del supermercado vino y nos hizo una nota cambio porque a Gloria se le había quedado el dinero en su casa. ¿Y qué más en tu empresa?

Alfonso se limitó a mover las manos.

—No... pues... Tuvimos una reunión con unos alemanes que piensan invertir fuertemente en el mercado de textiles. Se habla de unos cien millones de dólares. ¿Y qué más hiciste con tus amigas?

—Estuvimos en casa de Esteban, con Ricardo y el amigo americano de Sara. Nos invitaron a una copa de vino y después a cenar a Pozzeto. —Virginia se pasó las manos por la nariz y cogió de nuevo el libro. Trató de alejarse un poco más del lado de Alfonso—Pero cuéntame más detalles de tu empresa.

Alfonso se incorporó de ipso facto, recogió los zapatos que se había quitado y los dejó en el armario como si de repente se hubiera acordado de que no

podía dejar desorden en el cuarto. Además, puso la camisa y el pantalón en un gancho, y mientras tanto le contestó a Virginia.

—Pues, verá. La tarde estuvo impulsada por unas secretarias que querían que las lleváramos hasta la avenida principal para que allí tomaran un taxi. Como a eso de las ocho, las mujeres salieron y les hice ese favor. Pero, mujer, por favor, cuéntame algo contagioso de tus aventuras.

En ese momento ya Virginia se había dado la vuelta completamente. Alfonso se acostó de nuevo, dejó el libro en la mesa de noche y también se dio la vuelta. Los dos quedaron espalda con espalda.

—La convivencia con esas locas de mis amigas es lo mejor. Imagina que una de ellas se le ocurrió jugar a la botella y a quien le cayera tenía que irse quitando una prenda. Primero le tocó a Sara, luego a Esteban, a Ricardo y así. A lo último le tocó a Carmen, que ya estaba en pantis y en ese momento timbraron.

Virginia se detuvo por algunos segundos. Alfonso parpadeó y esperó a que Virginia continuara, pero no fue así. En ese momento la vio pararse, ponerse las chancletas y salir del cuarto directo a la cocina y desde allá, a todo grito, le preguntó a Alfonso:

—¿Y qué más con tus secretarias?

Y desde el cuarto, también a todo pulmón, dijo Alfonso:

—Pues... ¡son mujeres muy atractivas! ¡Mientras las llevaba en el carro para que tomaran el bus una de ellas llevaba una minifalda muy sugestiva y una blusa escotada! ¡Llevaba mirándola desde mucho rato y ella se dio cuenta y me preguntó que qué tal estaba! Yo le dije que muy bonita y...

En ese momento entró Virginia limpiándose leche de su boca. Se arrellanó de nuevo en la cama, dándole la espalda a Alfonso y puso sus manos contra la mejilla, como para ir conciliando el sueño. Alfonso se había detenido de repente y en un crudo momento de la situación le preguntó esta vez a Virginia:

—¿Qué más pasó con los amigos de sus amigas en casa de Esteban?

—Desafortunadamente en ese momento llegó una vecina del apartamento de al lado, diciendo que le bajáramos al desorden porque necesitaba madrugar y yo no sé qué más cosas. La verdad fue que no le prestamos atención a la susodicha, nos dedicamos a seguir jugando hasta que quedamos todos desnudos y cada quien cogió su pareja y subimos al cuarto. Y...

En ese momento el que se paró de la cama, y a toda prisa, fue Alfonso. Sin ponerse nada en los pies, bajó rápidamente a la cocina, sirvió otro vaso de leche y la saboreó por mucho más tiempo que su esposa. Y esta vez, sin que Virginia se lo preguntara, continuó relatándole su día a todo grito.

—Imagina que decidimos con Román, uno de los ejecutivos, que fuéramos a la casa de Penélope, la secretaria sexy que hay en la empresa. Aparte de eso, invitamos al resto y a otras mujeres de otras secciones. Todas aceptaron ir. Fuimos primero a un bar, donde nos tomamos unas copas de whisky, bailamos y cada uno de nosotros escogió una mujer y cada uno se fue para el lugar que quiso.

En ese instante Virginia llegó a la cocina a toda prisa, abrió la nevera cuando su esposo ya terminaba el vaso de leche y se sirvió otro, pero esta vez con un banano. Alfonso sacó también otro y empezó a comerlo a la par de Virginia, que jugueteaba con sus ojos, mirando de lado a lado. Luego fue hasta el cajón de la alacena donde guardaba los cubiertos y sacó una cuchara; fue de nuevo a la nevera y untó arequipe en ella. Seguía en silencio. Pero de repente dijo:

—Me parece excelente. Por mi parte yo me fui con Esteban, un joven muy atractivo, de no más de treinta años. Nos despedimos de Carmen, Sara y Gloria. Él me llevó en el carro hasta su casa. Bailamos un rato, conversamos de nuestras vidas, nos acariciamos, empezamos a desnudarnos en un sofá muy cómodo que tiene y le dimos rienda suelta a la pasión. —Virginia hizo un ademán de satisfacción y engulló el banano—. Me trajo hasta aquí a eso de las ocho y media.

—Qué exquisito, déjame decirte. Conocer personas es fascinante. Yo me fui con Penélope para un motel. Allá disfrutamos de unas copas de vino, uvas, jacuzzi y mucho sexo, imagina. Después salimos, cenamos y regresé a nuestra casa. Cuando llegué, Luis y Salomé ya se habían ido para sus

fiestas universitarias: Salomé iba con el novio y Luis con su novia de parque.

Hubo un silencio prolongado, donde Virginia miró para la sala y Alfonso a la nevera. La noche se expandió y ahora se hacía fría. El tiempo entorpeció el espacio cuando dio las diez en punto, porque a través

de la oscuridad los grillos organizaron un concierto de música inigualable. Alfonso subió al cuarto y detrás siguió Virginia. Entraron, se arrellanaron en su cama y cada uno apagó su lámpara; los libros en cada mesa de noche, los zapatos y ropa a cada lado de la cama. Eran felices.